

EL DOCTOR MORA, TEÓRICO DE LA REFORMA LIBERAL

Arturo ARNAIZ Y FREG

“La República Mexicana gasta catorce millones de pesos en sostener soldados que la tiranicen sin defenderla.”

“Cada mexicano debe preguntarse diariamente a sí mismo si el pueblo existe para el clero o si el clero ha sido creado para satisfacer las necesidades del pueblo.”

JOSÉ MARÍA LUIS MORA (1835).

NO TUVO EL DOCTOR MORA en su apariencia física nada que lo singularizase.

Vivió en el tiempo en que el influjo del romanticismo impedía conceder calidad intelectual sobresaliente a los hombres que no tuviesen el aire desmedrado de un anacoreta. Pero una tuberculosis prematura le permitió adquirir sin esfuerzo el color macilento que los escritores de la época sólo obtenían mediante un régimen austero.

Hardy, el agente del gobierno inglés que lo conoció en la tertulia de la librería de Ackermann, cuenta con ufanía conmovedora que cuando Mora tenía apenas treinta y cinco años mostraba ya “toda la palidez y el desfallecimiento que son tan comunes en los hombres de gran talento y de conocimientos literarios”.

Enfundado en un frac de corte tubular, podemos verlo en el óleo que conserva nuestra Biblioteca Nacional como recuerdo del influjo determinante que tuvo en su fundación. Es el mismo frac que ponía iracundo a su pintoresco enemigo don Basilio Arrillaga, quien no acertó nunca a explicarse la repulsión de Mora por el traje talar a que su condición de teólogo borlado le daba derecho.

Anónimo y de recursos limitados, el pintor dejó en el

cuadro la figura de un adusto caballero oprimido por cuello descomunal en el que, al estilo de Lord Byron, se arrolla una corbata negra. La frente es alta, estrecha y surcada de arrugas prematuras. Una boca enérgica emerge de la sombra azulosa de su recia barba europea cuidadosamente afeitada. Aunque la mirada apunta cierta intención osada y dominante, no hay en los ojos de este mal retrato ni un vestigio de aquella intensidad luminosa que impresionó a Melchor Ocampo cuando hace un siglo lo visitó en París. Y es que, por gracia del tosco pincel, el rostro expresivo del encantador de almas a quien José Bernardo Couto consideraba el más ágil de los conversadores de su tiempo, ha quedado congelado en una seca y anodina estampa de notario.

Es en sus obras y en los testimonios de sus contemporáneos donde podemos hallar los rasgos que fijan su actitud y definen la hondura de su huella. En los manuscritos donde ha quedado su letra dura y chaparra, brillante de marmaja, podemos seguirlo en plena labor creadora. Veloz y profundo a un mismo tiempo, su mano era dócil a la potencia generosa de su pensamiento. Las ideas le brotaban en venero impetuoso, rebelde a la puntuación.

Enemigo de bromas y chocarrerías, tenía un valor sereno que marca con acento de veracidad sus afirmaciones políticas. No se dejó vencer por rencores pequeños. Fue un precursor; pero, por su actitud ante la vida, estuvo siempre más cerca de Rousseau que de Voltaire. Se pareció a Juan Jacobo en la zozobra y en los modos de expresión. Para explicar su desaliento escribió una vez: "Yo no tengo tiempo de ocuparme de palabras cuando he logrado expresar claramente mi pensamiento."

Para vencer y mantenerse a flote sobre el escurridizo y pantanoso suelo político de México, ha sido en todo tiempo necesario mostrar las calidades del tezontle: porosidad y dureza. A Mora le faltó la primera. Fue demasiado firme en sus ideas para que pudiese alcanzar victoria en el escenario de su época.

LA VALENTÍA con que atacó a las dos clases privilegiadas que dominaban la nación y la agudeza con que describió a sus contemporáneos más visibles, lo llenaron de enemistades. Pocos escritores han visto sus obras juzgadas con mayor hostilidad; pero es interesante la unanimidad con que hasta sus más enconados adversarios reconocen sus capacidades superiores.

Don José María Tornel, antiguo compañero de colegio a quien Mora pulverizó sin misericordia, pues entre otras cosas verdaderas le dijo que se había echado a cuestras la librea de cuantos habían querido ocuparlo como lacayo, opinaba que los escritos del consejero de Gómez Farías “manifiestan suficientemente hasta dónde avanza el extravío de la razón de un gran talento que no ha aprovechado las sabias lecciones de la experiencia”. Aunque los dos habían estado juntos en los bancos de San Ildefonso, tuvieron estilos de vida diferentes. Fue inevitable que chocaran y no se comprendiesen. En tanto que Mora entendió la existencia como un “atreverse a tener razón contra la iniquidad de su siglo”, Tornel estuvo siempre atento a sacar provecho, a veces excesivo, de las “sabias lecciones” experimentales.

Movido también por resentimiento personal, el indigesto don José María Bocanegra llamaba a los libros de Mora “una sátira que presenta las cosas y los hombres en caricatura y no una relación fiel e imparcial que pueda como tal transmitirse a la posteridad con el saludable fin de la historia”.

Por su parte, el doctor Arrillaga, después de citarlo “ante el tribunal de la sana crítica, de la religión católica y de la verdadera política”, llama a sus producciones nada menos que “máquina infernal, completa y bien montada”.

Para impugnar a Mora, don Basilio usó los mismos achaques de bufonería erudita gratos a don Carlos María de Bustamante. Así, después de relatar el cuento de “Chúpate ésa” y la dramática “Historia de una Mujer Tuerta que se peleaba con Otra que no lo era”, pedía que Mora fuese llevado, urgentemente, a un manicomio: “¿Cómo anda, pues,

libre nuestro doctor por las calles de París? ¿No hay allí almas caritativas?"

Satisfecho de lo que consideraba abrumadora victoria sobre el sentencioso reformista, interpolaba reflexiones en verso tan afinadas como ésta:

Esta águila tan real
ya paró en humo y es nada;
por su cabeza fatal,
sin ojos y desplumada
yace muerta en un corral.

Y todo sin perjuicio de que, en el último párrafo de sus *Cartas*, elogie las felices disposiciones y talentos de que el doctor Mora se halla adornado. "Talentos que reconoce muy superiores a los suyos, y de que desea haga usted un uso más digno este su afectísimo Basilio Arrillaga."

PERO, JUZGANDO con nuestros propios elementos, ¿podríamos encontrar una colección de semblanzas de mexicanos del siglo XIX que pueda compararse a la que Mora incluye en su *Revista política*? ¿Quién ha acertado mejor a dar en una sola frase la descripción cabal de nuestros tipos más complejos?

Repasemos definiciones:

Lorenzo de Zavala: "Hombre poco delicado en todas líneas, pero muy especialmente en materia de dinero."

José María Fagoaga: "Todos han acabado por respetarlo, por reconocer en su persona una ánima republicana con lenguaje monárquico."

Y hablando de retratos, habría que preguntar también: ¿hay alguno que supere al de José Bernardo Couto, arquetipo de políticos moderados? "Los principios políticos de Couto son de progreso; pero en razón de su carácter, se prestará más fácilmente a sostener las reformas hechas que a proponer las que están por hacer: el *sí* en él es siempre difícil y muchas veces vacilante; el *no*, es constantemente firme, y pronunciado con resolución."

Por algo la inolvidable marquesa Calderón de la Barca

tomó la galería dibujada por Mora como guía principal para orientarse ante las notabilidades mexicanas de 1839. Al releerla y hacer su cotejo, se vio obligada a confesar que el retratista "usaba la pluma sin temor y, al parecer, con imparcialidad".

Cuando relata a sus amigas de Norteamérica la honda impresión que causó el folleto en que don José María Gutiérrez de Estrada propuso el establecimiento de una monarquía constitucional en México —motivo por el cual tuvo que permanecer oculto y ausentarse más tarde del país—, la Marquesa copia emocionada la silueta que Mora había trazado cinco años antes: "A pesar de la gentileza de su carácter, las convicciones políticas de Gutiérrez de Estrada son tan firmes y tan puras que nunca cedería en lo que considera ser una obligación, aun en el caso de que sus más íntimos amigos trataran de influir sobre él y de que militaran las más poderosas consideraciones." La esposa del Ministro de España tuvo que agregar después: "Se diría que el autor ha previsto las actuales circunstancias."

POR LO QUE HACE a su doctrina política, Mora fue un liberal que se mantuvo oscilante entre Adam Smith y Jeremías Bentham.

Como en México no existe ni existía entonces gran industria, se preocupó por los intereses de la propiedad territorial con un empeño exclusivista que lo aproxima mucho a los fisiócratas.

Reconocía que la nación se hallaba empobrecida por la acumulación de propiedades en un corto número de manos; pero aunque aconsejó que las tierras fuesen divididas en pequeñas porciones y le pareció urgente que se encontrase un mecanismo para que la propiedad pudiese ser transmitida con facilidad, advirtió los peligros que podría acarrear una distribución graciosa: "Cuando las tierras se dan a hombres que no las han adquirido por su trabajo e industria, sino por una concesión gratuita de la ley —decía—, jamás saben apreciarlas ni sacar de ellas el partido de aquellos cuyos hábitos

de laboriosidad les han proporcionado lo necesario para comprarlas y verlas como propias."

Dotado de un altivo individualismo, no creyó en la importancia de las masas, a las que consideraba dotadas de "un movimiento maquinal, en todo semejante al instinto de los animales". Conocía el inestable equilibrio social de México; pero se negó a admitir que los males alcanzasen remedio si se utilizaba la violencia.

Su táctica política forma curioso contraste con la de don Antonio López de Santa-Anna. Mientras Su Alteza Serenísima recomendaba a sus ministros: "Firmeza y buenos trancazos lo componen todo", oímos afirmar a Mora: "Los efectos de la fuerza son rápidos, pero pasajeros; los de la persuasión son lentos, pero seguros." ¿No está aquí ya el "¡venceréis, pero no convenceréis!" unamunesco?

Con un optimismo muy a la moda europea de 1830, creyó en el progreso: "La mejora diaria y progresiva que se advierte en todas las obras humanas, es una prueba demostrativa de que la perfectibilidad de sus potencias no tiene término."

Cuando, como era natural, tuvo que afrontar el eterno problema de hacer compatibles la libertad y el orden, se decidió sin reticencias por el orden.

Consideraba que las convulsiones públicas sólo por excepción son medio de progresar. En su opinión, había que reformar los abusos no tocando a las personas sino cuando fuese necesario.

Vivió en el México de las militaradas y los cuartelazos cotidianos y, si es verdad que no tardó en convencerse de que todas las rebeliones mexicanas reconocían un origen civil, observaba que los militares se habían levantado con el derecho de ejecutarlas y eran los que las hacían más atroces.

Ante la ruina general provocada por la guerra permanente, llegó a exclamar: "El despotismo mismo con todos sus horrores es preferible a una discordia intestina, a una lucha interminable, a una guerra fratricida."

Al seguir la evolución de sus ideas, tenemos que aceptar

que su aversión a los militares mexicanos no fue sino resultado de un cuidadoso examen de manías y apetitos cuartelarios.

Mora carecía inicialmente de toda prevención contra los soldados y sus jefes. Cuando el ejército profesional encabezado por Iturbide consumó la independencia, no escatimó elogios a esa "tropa aguerrida, pronta a sacrificarse por la libertad de su patria".

Más tarde, sin embargo, tuvo que convencerse de que las ambiciones de los hombres de uniforme, su deseo de hacer fortuna y sus hábitos de insubordinación y de falta de respeto a las leyes, eran el principal obstáculo para la vida fecunda del país.

Fueron los jefes los que le merecieron más atenta vigilancia, porque sabía muy bien que en México las tropas siempre son de quien las manda.

En cada revuelta, después de tratada la paz entre los representantes de las dos fracciones del ejército, había una catarata de inmoderados ascensos para los vencedores. Simultáneamente se hacía la destitución de los vencidos, a los que —por ser la milicia una clase privilegiada— el espíritu de cuerpo obligaba a mantener en el disfrute de sus sueldos.

Pronto las obligaciones que por este concepto tuvo que soportar el presupuesto nacional fueron abrumadoras, y cada nuevo régimen las hacía aumentar. Ante el extraño espectáculo, alguien escribió esta reflexión zumbona y angustiada:

Diez veces me he pronunciado
contra el poder nacional,
y apenas soy general.

La milicia, decía Mora en 1836, deriva su poder especial del ejercicio de la fuerza bruta en veintiséis años de guerras civiles. "Leyes, magistraturas, gobierno, personas y cosas, fondos públicos y particulares, todo ha estado más o menos pero realmente sometido al poder militar, ejercido bajo diversas denominaciones y formas."

En todo tiempo las mejores voces de habla castellana han coincidido en muchas afirmaciones fundamentales. La actitud de Mora se identifica literalmente con el grito simultáneo de Mariano José de Larra: "¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas?"

En estas zonas de América, tierras de Espíritu que no acaba de encontrarse, la vista del poder tiránico ejercido por los vencedores ha producido muchas veces en la población de las ciudades la idea de que, por sus fines directos y sus métodos, los pretorianos provienen de países de barbarie. Y es que esa atribución ideal de orígenes exóticos resulta el único medio de alcanzar una explicación a la conducta de nuestros mandones con alfange.

En México, para darnos la silueta de don Antonio López de Santa-Anna, Mora tuvo que llamarlo "Atila de la civilización mexicana". Describiendo a Rosas, muchos años después, Sarmiento dijo en la Argentina: "El caudillo que en las revueltas llega a elevarse, posee sin contradicción, y sin que sus secuaces duden de ello, el poder amplio y terrible que sólo se encuentra hoy en los pueblos asiáticos..."

PERO MORA NO SE LIMITÓ a señalar los males que la clase militar provocaba en la República. Había sido sacerdote y conocía como muy pocos los hábitos del clero católico que, heredero de las riquezas que se acumularon durante la colonia, tenía, aparte de su legítima influencia espiritual, un significado decisivo en lo económico y en lo político.

Quizá por haber salido del santuario, sus golpes fueron más certeros. Se sintió rodeado de un pueblo en el que era casi imposible establecer las bases de la moral pública, porque constantemente hacía confusión entre los deberes sociales y los religiosos.

Reprobaba que en un país agobiado por la miseria hubiese príncipes de la Iglesia que, como el obispo de Puebla, gozaban de una renta de más de ochenta mil pesos anuales, vivían rodeados de una verdadera corte y disfrutaban de una

consideración personal “mayor que la de un soberano de las orillas del Rhin”.*

Había visto la ingerencia excesiva de los eclesiásticos en los negocios públicos, y por esto le pareció necesario que se dedicasen a cumplir, sin rebasarlas, sus honrosas obligaciones de auxilio espiritual. Consideraba intolerable la propensión que en todas partes tenían a dominar la sociedad civil y a “mezclar los sucesos de la tierra con las cosas del cielo”.

La abolición de los privilegios del clero y de la milicia le pareció una necesidad “real, ejecutiva y urgente”.

Desde 1830 afirmaba que era necesario desamortizar los bienes eclesiásticos con objeto de reparar la bancarrota de la propiedad territorial, aumentar el número de propietarios y obtener cantidades que bastarían para hacer el pago de la deuda pública una vez que ésta hubiese sido clasificada y consolidada.

Una de las más intensas luchas de su vida la libró contra el monopolio que el clero ejercía sobre la educación pública. Para él, los establecimientos de educación superior, que en nuestro país estaban servidos por eclesiásticos, no eran otra cosa que un lazo tendido a la imprevisión de la juventud. “Todo el empeño de los catedráticos —escribe— consiste en que los alumnos sean cristianos sin cuidarse primero de ha-

* Sobre este mismo punto escribe la marquesa Calderón de la Barca en su libro *Life in Mexico*: “Si yo me viese precisada a escoger un empleo aquí, me decidiría sin vacilar por el de Arzobispo de México, que me parece la posición más envidiable del mundo, para quienes deseen vivir tranquilos, cómodamente, y rodeados de universal adoración. Es un Papa, sin las molestias del pontificado, y con la décima parte de su responsabilidad, cuando mucho. Es objeto aquí de una veneración superior a la que en la adelantada Roma se profesa a Su Santidad y, a la manera de los reyes del buen tiempo viejo, es infalible. Su sueldo anual importa unos cien mil duros, y si se le antojara vender nada más que los dulces que le mandan las monjas de toda la República, disfrutaría de una buena renta. Su Palacio de la capital, su carruaje sibarítico, sus magníficos caballos y sus mulas de suave andar, sugieren ideas de perfección en materia de confort. La verdad es que el confort, desconocido en México por la gente común y corriente, se ha refugiado en el Palacio Episcopal.”

cerlos hombres, con lo cual se consigue que no sean lo uno ni lo otro.”

Le parecía que esas escuelas eran el origen del charlatanismo, “que es la plaga general de la República”. Llegaba incluso a admitir que por eso era posible encontrar más sensatez entre los hombres que no habían recibido semejante educación.

En su mismo estilo literario comprobamos que la enseñanza impartida en los colegios, memorística y dogmática, predisponía a la pedantería. Con todo y que Mora supo vigilarse, en sus escritos abundan las frases de claro matiz escolar, doctorales y rotundas. “Esto es una verdad demostrada, más clara que la luz del mediodía”, o bien, “se ha dicho y repetido hasta el fastidio que...”

NO IGNORABA que su posición era compartida entonces sólo por una minoría. Sabía que el programa político del partido del progreso era —como de hecho ha sido siempre en México— impopular entre los grandes núcleos. Pero su confianza en la nobleza de sus miras era tal, que estaba seguro de que la repulsión de los indecisos debía desaparecer ante los resultados que las reformas brindarían.

Con esa su habitual y severa actitud de guía que se sabe seguido con recelo, explicaba: “El pueblo de México ama y desea tenazmente la libertad; pero por ciertas contradicciones e inconsecuencias que se advierten en su carácter nacional, está tenazmente adherido a instituciones y prácticas esencialmente incompatibles con ella.”

Enemigo de la aplicación de la violencia y escéptico en cuanto a la eficacia de los movimientos colectivos, se propuso destruir los privilegios de militares y eclesiásticos mediante una revolución incruenta realizada desde arriba. Fracasó en el intento porque careció de tiempo para preparar a los espíritus, y porque su brazo ejecutor flaqueó en una hora decisiva.

En 1833 actuó como consejero de don Valentín Gómez Fariás y tomó parte muy considerable en la resolución de los

problemas de gobierno mientras el honorable médico jalisciense estuvo encargado del poder ejecutivo.

A Mora corresponde el honor de haber puesto las bases de la enseñanza laica en México, al disponer con la propia mano el decreto justamente célebre de 19 de octubre de 1833. A él se debieron también no sólo la definición de los principios fundamentales del partido liberal, sino toda una serie de medidas orientadas a su aplicación inmediata, pues, como él mismo dice, en la administración de Farías "se hablaba poco y se procuraba hacer mucho".

Si México ha logrado evadir en algunas etapas de su historia el penoso espectáculo que ofrecen las dictaduras latinoamericanas típicas, es porque los reformistas han logrado desvincular el esfuerzo unido del clero y del ejército. Por la severa disciplina a que están sometidos, ambos cuerpos imprimen a sus hombres una como intolerancia esencial que dejó en otro tiempo honda huella en los destinos nacionales.

El liberalismo pudo existir entre nosotros como régimen estable, desde el día en que se logró que un ejército no profesional, improvisado y jacobino, permaneciese en guardia frente a la jerarquía eclesiástica. Esto se vio muy claramente al triunfo del Plan de Ayutla, y la lección fue tan convincente que, todavía hoy, siempre que en este país las sotanas y los solideos andan en amable compañía con los sables y las charreteras, sentimos que, nuevamente, parece quedar en peligro la libertad.

Mora vio esto con penetración, y es por ello por lo que en su *Revista política* no disimula el papel importantísimo que había asignado a la guardia cívica de los diversos Estados de la federación, frente a la milicia tradicionalista que hacía impracticables las reformas.

Abundante habría sido la cosecha si Gómez Farías hubiera podido sostenerse en el poder; pero don Valentín no procedió con la decisión que el momento demandaba y, en lugar de apoderarse del turbulento Santa-Anna y hundirlo en un presidio, le faltó resolución en la hora precisa y permitió por su pusilanimidad el desencadenamiento de la venganza del

partido ultramontano que acabó con las reformas hasta entonces conseguidas.

“Cuando se ha emprendido y comenzado un cambio social —escribía Mora, desilusionado—, es necesario no volver los ojos atrás hasta dejarlo completo, ni pararse en poner fuera de combate a las personas que a él se oponen, cualquiera que sea su clase; de lo contrario, se carga con la responsabilidad de los innumerables males de la tentativa que se hacen sufrir a un pueblo, y éstos no quedan compensados con los bienes que se esperan del éxito.”

¿Por qué no se apoderó Gómez Farías del presidente López de Santa-Anna?, se pregunta Mora, y él mismo nos entrega la respuesta: “Porque el paso era inconstitucional, y por que no se supusiese en el Vicepresidente una ambición de mando que no tenía.” “Famosa razón por cierto —dice con indignación mal reprimida—, famosa razón que ha mantenido a lo más la reputación del señor Farías en un punto muy secundario, y ha hecho recular medio siglo a la nación, haciéndola sufrir sin provecho los males de la reforma, los de la reacción que la derribó, y los que le causarán las nuevas e inevitables tentativas que se emprenderán en lo sucesivo para lograr aquélla.”

Vencidos los reformadores por la soldadesca, no tardó Mora en conocer el gran número de adversarios que su influjo en el gobierno de Gómez Farías le había granjeado. Y antes que solicitar clemencia o abjurar de sus convicciones políticas, resolvió salir por determinación propia al ostracismo, a pesar de la poderosa influencia que para impedirlo ejercieron sus amigos.

EN SUS ESCRITOS DE DESTIERRO vemos que su devoción por la libertad de comercio no sufrió mengua. Consideraba que el interés individual y no la protección siempre ruinosa de los gobiernos es lo que debe fijar la inversión de los capitales y determinar la industria de un país. Puso en la acción enardecida de la política razón fría y aguda reflexión. Su liberalismo está matizado de un claro acento libresco. En

los escritos de su primera juventud lo vemos citar a sus maestros europeos en grandes parrafadas, y no pocas veces brota victoriosa su pedantería. Así, después de un largo trozo del “sabio Bentham”, afirma desafiante y satisfecho: “la lectura e inteligencia de Bentham no es para semisabios ni entendimientos vulgares”.

Entre sus autores predilectos exhibía desde Turgot y Montesquieu hasta el buenazo de Benjamín Franklin; pero quizá porque la gracia frívola de Voltaire resultaba incompatible con su acento doctoral, se empeñó porque a lo largo de toda su obra pareciese como que lo ignoraba. Evitó cuidadosamente toda chocarrería que pudiese destruir la unidad dramática de sus afirmaciones. A más de un siglo de distancia, nos resulta muy fácil encontrarle omisiones y defectos. Fue la suya una filosofía para propietarios, y de acuerdo con ella admitió desde luego la necesidad de un gobierno de tipo oligárquico.

Consideraba que el derecho de ciudadanía no debía prodigarse: “Habrá, si se quiere —decía con ingenuidad—, propietarios ineptos y perversos, pero nadie se atreverá a decir que esto sea propio de la mayoría de su clase”; “lo mismo decimos de los proletarios —agregaba—; no faltarán algunos que tengan la capacidad necesaria para desempeñar los puestos públicos y sufragar para ellos, pero la generalidad siempre carecerá de estas prendas, y las leyes no deben atenerse a lo que suceda por un fenómeno o caso raro, sino a lo que, siendo común y frecuente, está en la naturaleza de las cosas”.

Pero si su desdén por los trabajadores tiene ahora detalles cercanos a la comicidad, conserva, en cambio, plena vigencia su protesta por el abandono con que la generalidad de los habitantes del país habían desde entonces dejado el acto de las elecciones en poder de “los facciosos o de los aspirantes más descarados”.

Pensaba que sin algún grado de opulencia ningún pueblo puede ejercer ciertas virtudes sociales que hacen honor a los que las tienen. En realidad, y quizá sin que se lo propusiese concretamente, se convirtió en un campeón de los intereses de las clases medias.

Quiso ver en el mando a un grupo selecto, una aristocracia de la inteligencia que debía dirigir los servicios sociales y los administrativos. En la excesiva riqueza del clero de su tiempo vio no sólo un obstáculo económico, sino también político, y como llegó a ser un antimilitarista convencido, dejó a los reformistas mexicanos un verdadero breviario de la libertad civil, "Catecismo político" lo llamaba él, usando uno de sus curiosos resabios eclesiásticos.

Aunque afirmó varias veces que el oro que se adquiere sin trabajo no hace más que dar lustre a la miseria del que lo posee, no se libró de incurrir en las mismas caídas del liberalismo clásico. Su interés por los obreros no llegaba más allá de un deseo piadoso por mejorar su suerte en lo más indispensable. Creía, sí, que había que tratar desigualmente a los desiguales; pero su simpatía estuvo en este caso al lado de los más afortunados.

Me temo mucho que si se le hubiese obligado a exponer los orígenes de su desdén por la clase trabajadora, habría contestado, como Cobden, que no le eran agradables "porque no tenían ninguna educación".

Vivió en los años en que el socialismo vegetaba, aun en Europa, como una fuerza estrictamente académica. Nada extraño resulta que su individualismo intransigente haya tenido una clara tendencia hacia la formación de una fuerte minoría civil, enemiga del clero y del ejército y que, por elegancia, debía mantenerse cuidadosamente apartada de las masas populares.

Es el suyo un optimismo en descenso. Directamente influido por las generosas afirmaciones del Barón de Humboldt, hablaba primero del suelo de México como del "más feraz del universo". Pero en los últimos años de su vida se encaminaba hacia el escepticismo en todas las líneas.

En sus escritos notamos una visible gradación. Al mirar desde el destierro el panorama mexicano tuvo que confesar con una angustia muy semejante a la de Alamán: "Nada se ha conseguido. Nuestros esfuerzos han sido inútiles, el mérito ha sido olvidado, la virtud abatida, la inhabilidad colocada

en altos puestos y desatendidos los clamores de un pueblo reducido a la miseria y a la opresión."

En el 48 no sólo supo de nuestra gran derrota, sino que desde Londres le tocó presenciar la revolución comunista que incendiaba el continente europeo. Entristecido ante la primera crisis del liberalismo, escribió a Gómez Farías en una carta inédita que ahora se conserva en Austin: "Las cosas por acá van mal, y el socialismo y el comunismo han perjudicado más el principio republicano que los esfuerzos de todos los reyes juntos."

AUNQUE PUEDE JUZGARSE extraño, todavía hoy existen grupos a los cuales su ideario político parece demasiado progresista. No faltan continuadores de sus adversarios que, para situarlo históricamente, le reprochan como defecto fundamental su tuberculosis (Planchet).

También se intenta explicar su lucha contra el poder abrumador que entonces tenía la Iglesia, insistiendo en sus relaciones con la masonería. No es posible negar que Mora actuó dentro de las logias escocesas en puestos de responsabilidad; pero los que encuentran el origen de su posición política en manejos de sociedades secretas, ocultan la opinión que de las logias llegó a tener el reformador guanajuatense, sobre todo después de la pintoresca fiebre masónica que padecimos durante el gobierno de don Guadalupe Victoria. "Si no tienen por objeto la beneficencia pública que les dé algún interés—decía—, no son otra cosa que una ridícula y despreciable reunión de locos mansos, que se entretienen y pasan el tiempo en hacer gestos extraños, movimientos irregulares y contorsiones extravagantes."

Recientemente hemos visto también a escritores afectos a los esquemas demasiado simples que, quizá por no haber llegado a la comprensión de la misión histórica del liberalismo mexicano, utilizan un cómodo mecanismo que les permite afirmar que todo lo que en México no ha estado dentro del "partido militar" pertenece a lo que llaman el "partido burocrático". Y es así como resulta ahora que el más decidido ad-

versario de nuestra empleomanía estuvo afiliado —en opinión de estos caricaturistas— al grupo de los buscadores profesionales de puestos públicos.

Mora fue uno de los escritores mexicanos que sintieron urgencia de tomar la pluma después de haber leído a don Carlos María de Bustamante. Desde 1825 empezó a organizar los elementos de la refutación que años más tarde publicó incompleta en París bajo el título de *México y sus revoluciones*.

Porque tenía demasiadas cosas importantes que decir, no permitió que su mensaje quedara ahogado por datos accesorios. Sus obras históricas tienen un andamiaje documental que nunca peca por exceso. Un potente espíritu crítico le permitía llegar a los hechos esenciales y someter a ellos las ocurrencias secundarias. Por desgracia, esta capacidad de sacrificar el lastre —forma de valentía y decoro literarios— es cada día menos frecuente entre nuestros historiadores.

Fue de los que todavía creyeron en la imparcialidad y se esforzaron por lograrla, “porque a fuerza de intentarlo —decía— llegan los hombres a alcanzarla, al menos por aproximación”. Estaban lejanos los tiempos en que llegaría a aceptarse la diatriba histórica como expresión fundamental del género.

De las obras del licenciado Bustamante tenía, con razón, muy triste concepto. Le parecía que en ellas hay, sin duda, hechos verdaderos y documentos importantes, pero que están de tal manera entrelazados con fábulas y patrañas, que “se expondrían mucho quienes bebieran en las aguas de esta fuente sin haberla depurado”. A la *Historia de los antiguos mexicanos* la llamaba “colección de fábulas insulsas”, y al *Cuadro histórico*, “copilación de entusiasmos, odios, falsedades y dicerios”. En este punto su postura es idéntica a la de don Lucas Alamán, pero hay una diferencia que no carece de significación: Mora expresó en vida de don Carlos María su opinión adversa, mientras el prudente Alamán esperó a que su buen amigo muriese para atacarlo sin misericordia.

Y ¿cuál fue su actitud frente al problema siempre presente de nuestro difícil equilibrio racial?

Mora perteneció a la última generación mexicana que exhibió informaciones de "limpieza de sangre" para entrar en las escuelas de enseñanza superior. Todavía bajo el dominio colonial, tuvo que demostrar que era español por los cuatro costados y descendiente de cristianos viejos y de limpia generación, "sin mezcla de ninguna mala raza de judíos, moros o mulatos".

Realizada la independencia, vivió el mismo extraño conflicto que afrontó la minoría europea de aquellos días. Separados de la metrópoli, los blancos de mirada más certera empezaron a medir la situación que tenían que desafiar frente a la abrumadora y casi impenetrable mayoría india. Hubo muchos que no pudieron dominar el temor, y Mora fue uno de ellos. Los indios no despertaron en él ninguna simpatía. Extremando su criollismo, afirmaba que el México independiente nada tenía de común con los habitantes del antiguo sultanato de Tenochtitlán. Y la admiración que sentía por la figura histórica del Conquistador le hizo decir con entusiasmo muy comprensible: "El nombre de México está tan íntimamente enlazado con la memoria de Hernán Cortés, que mientras él exista no podrá perecer aquélla."

Pero con todo no pudo sustraerse al influjo de la presencia muda de los indios. Aunque aseguraba que el fondo del carácter del mexicano es todo español, "pues no ha podido ser otra cosa", reconoce acentos diferenciales y admite como característica general frente a los peninsulares "la índole suave y moderada de los que han nacido bajo el cielo mexicano". Y es que cuando se vive en estas tierras, puede no tenerse lo indio en la carne, pero siempre se le lleva como huella profunda en el espíritu.

CUANDO SE INICIÓ en 1810 la insurrección, Mora estudiaba en San Ildefonso y tenía dieciséis años escasos. Español de sangre, nacido, como Alamán, de gente acomodada en la intendencia de Guanajuato, vio a su familia arruinada bruscamente por los sublevados. No sintió admiración por Hidalgo, pero en sus escritos sobre la guerra de Independencia lo ve-

mos producirse con serenidad, sin que su penetrante sentido panorámico se haya visto ensombrecido por rencores personales. De los mexicanos de su siglo, es quizá el único que en este juicio histórico acertó a encontrar el justo medio: "La revolución que estalló en 1810 ha sido tan necesaria para la consecución de la independencia, como perniciosa y destructora para el país".

Es evidente que, al expresar su desagrado ante el papel que la "milicia de sotana" desempeñó en la guerra civil, reprocha, mirándolos reunidos en uno solo, los males de las dos clases privilegiadas que en sus días impedían el establecimiento de instituciones libres en la República. Pero no por ello dejó de reconocer que "a veces un mediano cura podía ser un general de muchísima importancia". Así lo admite expresamente al hablar de los talentos militares de don José Mariano Matamoros.

El amplio conocimiento que llegó a tener de la vida de Morelos le permitió elogiarlo sin reservas. Como magistrado y como jefe militar lo consideraba un hombre extraordinario. Le parecía que en él las prendas morales excedieron a todas las otras. Admirado de la fuerza intuitiva de su pensamiento, escribió: "Sin conocer los principios de la libertad pública, Morelos se hallaba dotado de un instinto maravilloso para apreciar sus resultados."

La semblanza de don Félix María Calleja del Rey es una de las más impresionantes. Con la seguridad elegante que alcanzan los más sagaces conocedores de hombres, Mora destaca en la vida de Calleja un factor fundamental, su desmedida ambición. Y así, después de hacer una rápida e iluminadora revista de la actuación militar y política del primer Conde de Calderón, concluye: "Acaso no abrigó jamás en su alma un sentimiento generoso, pues aun en la defensa de la causa de su patria es casi cierto que no vio otra cosa que una ocasión ofrecida por la casualidad a las medras de su fortuna y a la satisfacción de sus miras ambiciosas."

En uno de sus ensayos hay una larga alusión a Iturbide, que sirve para seguirlo en el proceso de quemar resentimien-

tos cuando éstos no le parecían ya sostenibles desde el punto de vista de la veracidad histórica.

Mora sufrió persecuciones y fue encarcelado en 1822 por la actitud valerosa que asumió frente al Emperador en la tribuna del primer Congreso Constituyente, y si todavía hoy cuesta no poco trabajo situar a don Agustín I en el escenario de su tiempo, parecería natural esperar que él fuese cerradamente hostil a su memoria. No oculta, ni podría ocultar, los errores de Iturbide como jefe de tropas realistas en el Bajío, pero reconoce que las resistencias de los peninsulares sólo pudieron destruirse a golpes de generosidad. Al hablar del Plan de Iguala —obra maestra de política, sin la cual la independencia de México no habría podido conseguirse en mucho tiempo—, alude al humanitarismo con que en ese documento quedaron a salvo los derechos de los españoles y declara: “el ilustre Iturbide hizo en grande lo que Nicolás Bravo no pudo hacer sino en pequeño”.

Mora fue un federalista convencido. No obstante las profecías de los que comprendieron que el centralismo es de hecho el único régimen aplicable entre nosotros, no aceptaba que la artificiosa división federal pudiera convertirse en origen de peligros graves.

Reconocía, es verdad, que nuestra federación se hizo de un modo inverso a la de los Estados Unidos del Norte. Mientras allá diversos Estados independientes se constituyeron en una sola nación, en México, por el contrario, una entidad indivisa y única se fraccionó en Estados hasta cierto punto soberanos.

Mirándolo bien, esa consideración histórica daba a su federalismo un aspecto especial. “¿Quién podrá dudar —decía— que si en el Norte los Estados Unidos dieron la ley al gobierno federal, en México el gobierno federal debe dársela a los Estados?”

Después de leerlo con cuidado, se hace necesario admitir que la adhesión al federalismo formó parte esencial de su vasto programa de hostilidad al caudillaje. Lo vemos escribir satisfecho: “Gracias al sistema federal ningún partido ni

persona ha podido hacerse dueño de toda la República, ni mandar en jefe a la nación.”

Y contrariando directamente el vaticinio del doctor Mier, dejó escrito: “No tenemos motivo para temer y sí mucho para confiar de los Estados de la República.”

Era aquél el tiempo en que no pocos hombres de buena fe esperaban, para la realización de su programa político, las ventajas que la América de habla castellana debía recoger de un proceso continuado de parcelación en unidades cada vez menores. Un miope fervor regionalista de claras raíces españolas provocó la balcanización de estas comarcas.

Cuando con angustia de ángel tutelar Simón Bolívar reclamó unión a los pedazos dispersos del antiguo imperio, Mora comentó irónicamente: “Reunir las fuerzas de naciones esparcidas en un continente vastísimo, de población muy escasa, separadas por centenares de leguas, por desiertos inhabitados y por montañas y cordilleras inaccesibles, es el mayor de los delirios.”

Desde que México se hizo independiente, cada una de nuestras generaciones afronta al llegar a madurez el deber de revisar y rectificar la actitud que en los primeros años tuvo ante los Estados Unidos.

Ha habido en esto como un movimiento pendular. Hoy, sorteadas muchas divergencias, estamos felizmente en una hora de aproximación sincera; pero en otros tiempos las cosas fueron diferentes. A la generación del doctor Mora le tocó andar los caminos en sentido opuesto.

A pesar de la brusca irrupción de los norteamericanos en el Golfo de México, y a pesar de que las proposiciones de compra presentadas por Poinsett debieron servir de enérgica advertencia, la mayor parte de nuestros estadistas no acertaron a medir el peligro, sino hasta que los anglosajones habían iniciado ya la digestión de nuestras comarcas fronterizas. Mora fue uno de los que todavía en 1830 creían que nuestros vecinos “nada podrían emprender por tierra”, pues, separados de México por inmensos arenales y desiertos inhabitados, “la menor resistencia sería bastante para rechazarlos”.

La impresión que la derrota del 48 le produjo fue tan honda, que al enterarse de la mutilación del mapa mexicano escribió una reflexión que da la medida de su escepticismo: "Todo tratado de paz que se haga entre México y los Estados Unidos, de parte de esta última nación, no es sino una tregua que prepara para lo sucesivo los avances de una nueva invasión."

Ha cumplido ya más de cien años el Tratado de Guadalupe y, con excepción de La Mesilla, conservamos todavía la porción restante de nuestro territorio. Una inteligente política basada en conveniencias mutuas borra gradualmente resentimientos anteriores. ¡Ojalá que el péndulo no vuelva a moverse en mucho tiempo!

CUANDO SE REPASA la vida del doctor Mora, se hace necesario aceptar que en política le faltó el sentido de la oportunidad. Tuvo sólo una agitada y tempestuosa ocasión de influir decisivamente en los destinos nacionales. Fracasó en 1833, y su existencia adquirió desde entonces un duro perfil de cosa malograda.

Como ocurre con muchos profesores que caen en la política, fue un revolucionario de tono académico; no quiso desprenderse nunca del acento magistral. Soberbio y altanero, confió más en la fuerza del raciocinio que en la de la emoción. Alejado de las aulas, se ocupó de dar con la línea recta de su vida la última de sus lecciones.

Veía los problemas nacionales con valerosa serenidad. Frente a la etapa más convulsiva de nuestra historia política, no quiso evadirse por la cómoda salida de los cuentos abracadabrantes al estilo de Bustamante, ni por la ruta, también fácil, del llanto y las carcajadas de Alamán.

Supo dirigir con eficacia la acción de muchos hombres valiosos; pero no encontró camino para llegar a las mayorías incultas. Quizá porque buscaba eco, puso tanto interés en la labor educativa.

Su figura seca y llena de sobriedad nada tiene de pintoresca. Le odiaron muchos, pero ninguno dejó de respetarlo.

En México se adelantó con muchos años a su tiempo. Aunque estaba bien informado de las corrientes europeas, no se limitó a ser un trasplantador servil, sino que supo observar lo mexicano con agudeza tal, que todavía hoy, cuando leemos sus escritos, asalta como insistente ritornelo la frase justa de la Marquesa Calderón: "Se diría que el autor ha previsto las actuales circunstancias."

Sintió muy bien que había vivido en un país que, a merced de los jefes militares, no tenía de República sino el nombre. Y aunque advertía la velocidad con que lograban ascender los que "se echaban la vergüenza a las espaldas", no pudo ser político porque —hombre diáfano— le faltó aptitud para el engaño y para la adulación interesada.

Fue el suyo un heroísmo casi silencioso. Agobiado por la tuberculosis y lejos de la patria, sabemos que en los días finales llevó con dolor su soledad. Pero aunque le flaqueaba el cuerpo, hacía la defensa de sus afirmaciones con tanta vehemencia, que Melchor Ocampo recogió en una visita hecha en la adolescencia la impresión de que era "un apóstol demasiado ardiente para creerlo desinteresado en sus doctrinas".

En la primera parte de su vida, y por haber nacido de "una familia muy decente", vivió como rentista; pero esto no impidió que se adhiriese al partido del progreso "desde que pudo pensar".

Aunque veía los males de México más bien en las cosas que en las personas, describió en sus rasgos característicos a los autores de las calamidades públicas, no sin recomendar que la fidelidad de los retratos no se atribuyese a la destreza del pincel, sino a lo marcado de las facciones.

Después de que fracasó el amplio plan de publicaciones que se proponía realizar en la Librería de Rosa, sus cartas se convirtieron en su mejor medio de expresión. Muchas de las más importantes no han sido publicadas todavía. A través de ellas podemos seguirlo en sus años de pobreza.

En el destierro, pronto quedaron agotados los restos escasos de su fortuna personal, y hubiera perecido si la amis-

tad de la familia Lizardi no le hubiera brindado durante más de seis años, "por sólo un efecto de patriotismo", cincuenta pesos cada mes.

Pero si esas buenas gentes, que no habían recibido de él favor alguno, acudieron en su auxilio, en cambio, con excepción de Couto, ninguno de sus amigos de México lo ayudó en nada. En una carta a don Valentín Gómez Farías escribe decepcionado: "Me habrían visto perecer en la miseria con la mayor sangre fría."

El 14 de julio de 1850 murió en París.

Ninguno de los suyos estuvo junto a él. Fue su sirvienta mexicana Juana Nava la que le cerró los ojos. A ella dejó la herencia que en las últimas horas la buena mujer se atrevió a solicitarle: su retrato pintado al óleo en Londres en sus días de embajador, el mejor retrato de su vida.

Juana Nava permaneció en Francia hasta el fin de sus días, pues no pudo ser repatriada por cuenta del gobierno mexicano. Pero, muerto ya don José María Luis, el cariño que sentía Juana por la memoria de su amo le impedía tolerar que la más leve capa de polvo empañara su efigie. Para contemplarlo limpio y reluciente, todos los días lavaba la tela con estropajo y con jabón. A su celo debemos atribuir la pérdida definitiva del más fiel retrato que de Mora nos quedaba.

Con razón decía el ilustre teórico de la Reforma que el tiempo todo lo borra y hace olvidar.